te, en tanto que no se opongan á nuestro adelanto espiritual y á nuestra salvacion. Pedidas así, con este órden y condicion las cosas temporales, la oracion las obtiene, y frecuentemente Dios no las acuerda sino por la oracion.

Jamás se recomendará suficientemente la práctica de la oracion.

La oracion es la luz del espíritu, el descanso del corazon, y la fuerza de la voluntad. La oracion nace de la fé como de su raiz, crece con la esperanza, se dilata con la caridad y fructifica con las buenas obras.

Semejante á una planta sin savia, el alma que no ora, jamás lleva fruto.

La oracion da la inteligencia práctica de las cosas, es la regla de las costumbres y la consejera de la vida.

Por la oracion, el hombre se eleva hasta Dios, se abandona en sus brazos y se le entrega todo entero; y Dios, segun las expresiones de los libros santos, le guarda como la pupila de sus ojos, le cubre con las alas de su proteccion y le inflama con el calor de su amor.

El hombre de oracion es sincero en sus convicciones, grave en sus gustos, verídico en sus palabras, indulgente con sus semejantes y severo consigo mismo. El hombre de oracion, es hombre de toda virtud y perfeccion.

HOMILIA SEGUNDA.

LA MUJER ENFERMA,

Ó LA PIEDAD.

(San Mateo, IX; San Marcos, V; San Lucas, VIII.)

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.

La piedad es útil para todo; tiene promesas para la vida presente y para la futura (*I Tim. IV*).

INTRODUCCION.

1. *La verdadera y la falsa piedad. Necesidad que hay en el tiempo presente de inculcar la piedad verdadera. Este es el objeto de la exposicion de la historia de* LA MUJER ENFERMA.

Así como se distingue el oro falso del verdadero, así tambien se distingue la verdadera de la falsa piedad. Esta que no es sino la ligereza ó el capricho, el error ó la ilusion, la mentira ó la hipocresía, es igualmente odiosa á los ojos de Dios y de los hombres, y hay sobrada razon para criticarla y combatirla. Pero el hecho es, que en nuestros dias, bajo el pretexto de zaherir la falsa piedad, se hiere la verdadera. En el lenguaje del mundo, actualmente, todo el que practica su religion como se debe, que no olvida sus deberes, lo mismo que toda persona sinceramente piadosa, no es más que un beato; palabra con que se ha venido á calificar fácilmen-

te de pobreza de espíritu, de almas pequeñas, de caracteres duros y cabezas vacías á las personas piadosas. Es una *beata*, se dice, y con esto se ha dicho bastante para hacer odiosa y ridícula á la persona, no ménos que á las profundas convicciones, á la virtud sólida, á la conducta irreprochable, á las ideas elevadas y á los sentimientos generosos.

Se ha llegado al extremo de que en estos dias, especialmente la mujer, tema más la calificacion de *beata* que la de *mundana;* y que se cuide más de ocultar su piedad que sus ligerezas, sus prácticas religiosas que sus galanterías; sin que se pueda exhortar á una mujer del mundo á que siga la piedad, que no se la oiga decir: "No quiero que se me tenga por *beata.*"

Sin embargo, la verdadera piedad no es sino la florescencia de la fé, el aroma de la esperanza y el esplendor de la caridad: es la verdadera creencia en todo su fervor, el sentimiento religioso en toda su delicadeza, el cumplimiento de los deberes en toda su plenitud, y la virtud en su mayor perfeccion. Por esto dijo San Pablo: que la piedad es útil para todo; que es el todo de la religion; que es la fuente de las gracias, de los consuelos de la vida presente, y la garantía más segura de la felicidad en la futura; *Pietas ad omnia utilis est, promissiones habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.* Renunciar de la piedad verdadera, es renunciar de todas las prácticas, de todas las esperanzas y de todos los auxilios de la verdadera religion; y dejar de ser piadoso es dejar de ser cristiano. Ved, pues, hermanos mios, cuánto interesa en el tiempo presente estimular á las almas débiles á que abracen la verdadera piedad y sigan sus caminos sin ruborizarse. Por estos motivos voy á esplicaros hoy la historia de LA MUJER ENFERMA del Evangelio, á quien nuestro Divino Salvador sanó por medio de un grande y gracioso prodigio. Veréis brillar en esta deliciosa historia los caracteres, los sentimientos, el lenguaje, las obras, las bellezas y las recompensas de la verdadera piedad; y sin duda, vosotros os sentiréis mejor dispuestos á aficionaros á la piedad, á ser sus defensores, siguiendo valerosos sus prácticas. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

LOS CARACTERES Y LAS RECOMPENSAS DE LA VERDADERA PIEDAD.

2. La piedad como "virtud moral," y la piedad como "dón del Espíritu Santo." De esta última es de la que se va á tratar.

Antes de tratar de esa historia tan tierna cuanto instructiva, debo recordaros la hermosa doctrina de Santo Tomás sobre la piedad, con el fin de que comprendais mejor el asunto de que nos vamos á ocupar.

La palabra piedad, significa dos cosas bien distintas: ora significa una virtud moral, ora uno de los siete dones del Espíritu Santo.

La piedad, como virtud moral, dice Santo Tomás, citando á un autor antiguo, es el sentimiento habitual por el cual nosotros nos afanamos por cumplir nuestros deberes y por rendir los homenajes que les son debidos á nuestros padres y á la patria (1); porque á nuestros pa-

1 "Pietas est per quam sanguine junctis patriæque benevolis officium "et diligens tribuitur cultus [2dae ,q, 101, *a* 1, *ex Tullio rhetor.*].

dres les debemos la generacion y la subsistencia, y á la patria el sér y la conservacion; y por consiguiente, el hombre, despues de Dios, tiene obligaciones, ántes que todo lo demas, respecto de sus padres y de su patria. (1)

Mas la piedad como dón del Espíritu Santo, es otra cosa bien distinta. En este sentido es la piedad un sentimiento habitual, por el que, cumplimos nuestros deberes y tributamos á Dios el culto que se le debe como Padre (2) Así, pues, es cierto que por un movimiento del Espíritu Santo nosotros sentimos una especie de afeccion filial hácia Dios, como dice San Pablo: "Recibido habeis el *Espíritu* de adopcion, en virtud del cual os considerais é invocais á Dios como á vuestro padre (3)" La piedad, pues, por la cual invocamos á Dios como á nuestro padre, es un dón del Espíritu Santo (4); porque los dones del Espíritu Santo, no son sino las disposiciones habituales del alma, por las que sigue prontamente los movimientos del mismo Espíritu divino. (5)

Por la virtud de la religion tributamos á Dios culto como Creador: por la virtud de la piedad, como virtud moral, cumplimos nuestros deberes respecto de nuestros padres segun la carne: y como es más noble el rendir culto á Dios como Creador, que rendir homenajes á los padres carnales, la virtud de la religion es superior á la de la piedad como virtud moral; pero siendo más noble honrar á Dios como á nuestro Padre, que honrarle como Creador y dueño, se sigue que la piedad como dón del Espíritu Santo, que nos inclina á llamar á Dios de Padre, es una virtud más noble que la de la religion; por-

1 "Nostri *esse* et gubernationis principia sunt parentes et patria a "quibus et in qua nati sumus et nutriti sumus; et ideo; post Deum, "est homo maxime debitor parentibus et patriæ [*Ibid.*]"

2" Pietas, quæ est donum, exhibet officium et cultum Deo ut patri [*Ibid.*, q., 121, *a.* 1]."

3 "Movet nos Spiritus sanctus ad hoc quod affectum quemdam filia- "lem habemus ad Deum; juxta illud (*Rom.*, XIII]: Accepistis spiritum "adoptioi in quo clamamus; Abba, pater[*Ibid.*]."

4 "Consequens est quod pietas, secundum quam cultum exhibemus "Deo ut patri, par instinctum Spiritus Sancti, sit Spiritus Sancti do- "num [*Ibid.*]."

5 "Dona Spiritus Sancti sunt quædam habituales animæ dispositio- "nes, quibus est prompte mobilis a Spiritu Sancto [*Ibid.*].

que es el más excelente de nuestros sentimientos habituales hácia Dios. (1)

La piedad en este sentido, es el dón más exquisito y al mismo tiempo el más noble, perfecto y elevado de los sentimientos del cristiano; es la primera y la más grande é importante de todas las virtudes: y bajo este respecto, considerando á la piedad como la aureola y corona de todos los otros dones del Espíritu Santo, es como voy á ocuparme de ella este dia; patentizando su accion en la tierna historia de la MUJER ENFERMA. Atendedme.

3. Los mundanos en la adversidad. Jairo pidiendo al Señor que cure á su hija. Imperfeccion de su súplica. Los gentiles comprendieron la religion mejor que los judíos- Bondad del Señor cumpliendo los deseos de Jairo.

Siempre ha tenido el mundo un espíritu tan contradictorio y absurdo; cuanto injusto y perverso. Como frecuentemente se observa en nuestros dias, tan pronto como los mundanos sienten la tribulacion, recurren á las oraciones de los servidores de Dios, de los que, ántes habian calumniado su vida y ridiculizado su piedad: desde el tiempo de Jesucristo, se veía con frecuencia á los fariseos, cuando estaban encorvados bajo el peso de la desgracia, llegarse á Jesucristo en la actitud más respetuosa, hácia la misma persona á quien siempre habian desacreditado, para implorar los prodigios que nunca habian querido creer.

No, pues, os debe admirar, hermanos mios, el ver en la historia de la MUJER ENFERMA, al viejo Jairo, príncipe y jefe de la sinagoga de Cafarnaum, postrado cual el último hombre del pueblo, á los piés de Jesucristo, adorándole con tanta humildad; *Ecce princeps unus de archi-*

1 "Exhibere cultum Deo ut creatori, quod facit religio, est excellen- "tius quam exhibere cultum patri carnali, quod facit pietas *quæ est* "*virtus*. Sed exhibere cultum Deo ut patri, est adhuc excellentius "quam exhibere cultum Deo ut creatori et domino. Unde religio est "potior virtute pietatis. Sed pietas, secundum quod est donum, est "potior religione [*Ibid.*]"

synagogis, nomine Jairus, accessit; procidit ad pedes ejus, et adorabat eum (Matth., 18; Marc., 22; Luc., 41). Este hombre tan soberbio y altanero en otro tiempo con el Salvador, es hoy bastante desgraciado: su hija única, de doce años de edad, y á quien ama como á sí mismo, está á punto de espirar: *Quia unica filia erat ei fere annorum duodecim, et hœc moriebatur* (Luc.. 42): y pide llorando, y conjura al Señor para que yendo á la casa de su hija agonizante, la ponga la mano y la (1) restituya á la sanidad y á la vida; *Et deprecabatur eum multum, ut intraret in domum suam, dicens: Quoniam filia mea in extremis est, veni, impone manum super eam, ut salva sit et vivat* (Luc., 41; Marc., 23).

Reflexionad aquí desde luego, dice San Juan Crisóstomo, la tosquedad del espíritu de ese doctor judío. Reconociendo en Jesucristo el poder para sanar á su hija, juzga, sin embargo, que no se puede verificar el prodigio sin que el Hijo de Dios vaya á la casa de la enferma, y la toque con la mano (2) mientras que el centurion, aunque gentil, y la Cananea pagana, reconociendo tambien en Jesucristo el poder de obrar prodigios, creyeron que podia obrarlos aun de léjos, por la accion sola de su voluntad y de su palabra (Matth., VIII). De esta suerte los gentiles, desengañados del paganismo, comprendieron mejor que los judíos de su tiempo, al verdadero Dios y la verdadera religion.

Sin embargo de esto, ¡oh mansedumbre y bondad admirables del Salvador! sin atender á la fé de Jairo tan lánguida, defectuosa é imperfecta, no le dirige el menor reproche, y sin atender más que á un padre desgraciado, se compadece de él: condesciende, pues, con ir á su casa, y separándose del lugar donde instruia á la muchedumbre, siguió sin dilacion, en compañía de los apóstoles, al príncipe de la sinagoga, acompañándole un pueblo numeroso, que rodeándole por todas partes, se tenia por feliz con solo acercarse á la persona del divino Maestro: *Et surgens Jesus, abiit cum illo; et sequebantur eum discipuli ejus; et turba multa, et comprimebant* (Matth., 9; Marc., 24).

1 "Habia oido decir que Jesucristo acababa de obrar multitud de mi-"lagros en Cafarnaum, tan solo por la imposicion de sus manos.

2 "Vide crassitiem, duo espetit a Chisto; ut accedere ad eam, etma-"num imponeret [*Homil. 32, in Matth*]."

4. LA MUJER ENFERMA *es la Verónica. Su enfermedad era incurable. Cómo buscó el ser curada por Jesucristo. La piedad orgullosa. La verdadera piedad es humilde.*

Entretanto, habia en los alrededores de Cafarnaum una mujer desgraciada llamada Verónica (1), que llevaba doce años de padecer un flujo de sangre; *Mulier quæ fluxum sanguinis patiebatur duodecim annis* (Matth., 20). Para colmo de desgracia, habia arruinado su fortuna, haciéndose curar por un gran número de médicos, que despues de haberla hecho sufrir tratamientos más dolorosos que la misma enfermedad, la habian abandonado en peor estado que ántes, dándola como incurable, porque la enferma ya no tenia con qué pagarles: *Et fuerat multa perpessa medicis. Et in medicos erogaverat omnem substantiam. Et nihil profecerat, sed magis deterius habebat* (Marc., 26; Luc., 43).

Desesperando de los remedios humanos, piensa Verónica en los divinos. Ella habia oido hablar frecuentemente de Jesucristo, de sus milagros extraordinarios, de su poder y del prodigio, todavía más grande, de su bon-

(1). No es cosa cierta que esta mujer se llamase Verónica; pero es verosímil que la mujer que tuvo la insigne honra de enjugar con sus manos el sudor y la sangre del rostro del Señor, cuando caminaba para el Calvario, haya sido la misma que en las circunstancias de que se trata, dió tan relevantes testimonios de la divinidad de Jesucristo. Esta suposicion es por lo demas muy tierna, piadosa é instructiva; y nos basta, para que en la duda que nos deja dueños de nuestra opinion, demos la preferencia á ésta, mejor que á su contraria. Lo que parece cierto es, que la Hemorroidisa, como lo atestigua Eusebio [lib. 7], Zozomeno [lib. 5] y Teofilato [*Comment.*], era de Cesaréa. Esta ciudad, situada al pié del Líbano, se llamaba en otro tiempo Laïs [Josué, 19], y más tarde Dan, del nombre de la tribu que la poseyó, en la herencia de la tierra de promision; y por último, llamóse Cesaréa de Filipo, habiendo sido reedificada y embellecida por Filipo, hijo de Herodes, en honor de Tiberio César. Esta ciudad estaba al Norte de las fronteras de la tierra de Israel. Muy cerca de ella toman su orígen los dos pequeños rios, el *Jor* y el *Dan*, que á corta distancia se reunen para formar el rio JORDAN.

dad; *Cum audisset de Jesu* (Marc., 26). ¡Ah! se decia á sí misma, es el único que pudiera curarme: ¡oh! si pudiera verle una sola vez, si pudiera acercarme á él, yo sé lo que haria: obtendria seguramente el remedio de mi alma y de mi cuerpo!

Pero, ¿cómo podria la Verónica ir á buscar al Señor? La ley, como observa San Gerónimo, prohibia severamente á las mujeres que padecian enfermedades semejantes, entrar á las ciudades y mezclarse con el pueblo (1) Doblemente afligida porque ningun remedio humano podia sanarla, y porque estaba imposibilitada de ir á encontrar al Médico divino, un afortunado dia, vió venir á lo léjos una grande multitud, y supo que entre ella venia Jesus. A este anuncio, conmoviéndose de alegría, sale de su castillo y se lanza á la calle pública, esperando que pase por allí el Señor. Llega, en efecto, al sitio donde la Verónica estaba, quien buscándole con el ahinco de su corazon, más que con los ojos corporales, reconoce al amable Salvador entre la muchedumbre, por su elevada estatura, majestuosa frente, mirada benigna y por todo su divino aspecto; y todavía mejor, dice Remigio, porque una voz secreta le dice en su interior: "El es, él es Dios" A esta voz siente palpitar el corazon de esperanza, y ya no piensa sino en el modo de solicitar la gracia, no poniendo la menor duda en conseguirla (2).

Esta es, pues, hermanos mios, la mujer que veis aquí pálida y llorosa al mismo tiempo que llena de confianza, humilde y resuelta, lanzándose entre la muchedumbre, quedándose hácia atrás, y haciendo esfuerzos por aproximarse lo más posible á Jesucristo, siempre por detras; *Venit in turba retro* (Marc., 27); porque la Verónica, dice San Juan Crisóstomo, tenia rubor de sí misma y se creia inmunda, juzgándose por lo tanto indigna de aparecer en presencia del Señor [3].

1 "Hæc mulier sanguini fluens, non in urbe, non in domo accedit "ad Dominum, quia juxta legem (hujusmodi mulieres) urbibus ex- "cludebantur [*In Matth.*].

2 "Desperans de salute medicorum, cœlestem adesse medicum cre- "didit et in eum omnem suam intentionem collocavit [*Cat.*]."

3 "Retro quia verecundabatur se immundam existimans [*Hom.* 32, *in Matth.*]."

Pero, ¿qué es lo que intenta hacer? ¿qué piensa? ¡sabedlo! Deciase á sí misma: "si pudiese tocar solamente la orla de su vestido, seria curada: *Dicebat intra se: Si tantum tetigero vestimenta ejus, salva ero* (Matth., IX).

¡Oh mujer admirable! noble es tu pensamiento, sublime tu raciocinio! Ved cuán grande humildad, dice Remigio: resolvió tocar solamente la ropa del Señor, juzgándose indigna aun de tocar sus piés (1). Pero reflexionad todavía, nos dice el gran intérprete Drutmare, que la Verónica no pretende ni aun tocar la parte superior de la ropa del Señor, sino simplemente la extremidad, la franga exterior de esa ropa, la parte más baja, la que tocaba la tierra: ¡tanto así pensaba bajamente de sí misma (2)!

He aquí, pues, el primer carácter; la primera condicion y el fundamento de la piedad verdadera, la humildad del espíritu. Las almas verdaderamente piadosas, dice Santo Tomás, son verdaderamente mansas y humildes. En el lenguaje del Evangelio, la palabra *piedad* es sinónima de la palabra *humildad*. Toda piedad que no comienza por la humildad, no es, por el mismo hecho, sino piedad falsa; es el *pietismo* de los herejes y uno de los funestos retoños del orgullo de la herejía: no es la piedad cristiana. Razon hay para desconfiar de la pretendida piedad de ciertas mujeres, tan jactanciosas y para quienes todo lo suyo es bueno á sus propios ojos, no siendo nada las cualidades y virtudes de las otras; piedad tan preocupada en sus juicios, que cree poder dar á los demas, y aun á los mismos ministros de la

1 "Admiranda humilitas! quia indignam se judicavit quæ Domi- "ni pedes tangeret (*In Cat.*)."

2 "Non est ausa tangere vestimentum quod Christi carmen tege- "bat, sed quod foris prominebat [*Expos.*]."

Los antiguos judíos llevaban en la extremidad exterior de sus vestidos una banda que les daba vuelta alrededor; y despues la ley ordenó á los hijos de Israel que esas bandas formasen dos ángulos iguales sobre los mantos. "Ut faciant sibi fimbrias per angulos palliorum" (Núm. XVI.). Los más devotos usaban más largas las tiras de sus vestidos; y de aquí provino el reproche que el Salvador hizo á los fariseos de que alargaban las cintas de sus hábitos para aparentar mayor religion, entre tanto restringian los sentimientos caritativos del corazon (Matth., XXIII.) Esas tiras eran de color azul celeste, á fin, agregabala ley, de que teniéndolas siempre los judíos delante de sus ojos, recordasen que sú ley les habia venido del cielo.

Iglesia, reglas de vida, léjos de recibirlas de ellos, sometiéndose á su obediencia; piedad, por último, tan satisfecha de sí misma, que no se atiene, no se fia, y no se satisface sino de sí propia.

La piedad verdadera no conoce estos sentimientos tan nécios como culpables. No contenta con abatirse á sus propios ojos, se abate ante los de los otros, colócase en el último lugar. En sus juicios se pone abajo de todos; nada es, nada merece, y todo lo espera de la bondad de Dios y de la indulgencia de los hombres, por lo cual nada hay mas cierto en el mundo, que por estos sentimientos adquiere la piedad sus primeros títulos, los títulos legítimos de su grandeza á los ojos de Dios y de los hombres; porque los hombres, así como Dios, se encantan arrebatados por el mérito que se abaja á sí mismo, y se glorian en exaltarlo tanto como se humilla, mientras que se burlan de la fatuidad que se eleva, la que se complacen en humillar tanto, cuanto se sublima; *Qui se humiliat exaltabitur; et qui se exaltat humiliabitur.* (Luc., 14.)

5. Sublime y perfecta fé de la Verónica. Retrato del hombre sin piedad, que nada comprende de religion. Curacion prodigiosa de la Verónica por el simple tocamiento de la orla del vestido del Salvador.

Mas la fe de la Verónica es todavía más admirable que su misma humildad. No teme, al tocar el cuerpo de Jesucristo, comunicarle su propia mancha legal (1); por-

1 La ley mosaica era á este respecto tan clara cuanto severa: "Mulier, decia, quæ patitur multis diebus fluxum sanguinis, non in "tempore menstruali, sed quæ post menstruum sanguinem, fluere "non cessat, quamdiu subjacet huic passioni, immunda erit" [Levit., xv.]. Esta inmundicia legal de la mujer, que padecia semejante enfermedad, se comunicaba no solo á todo lo que tocaba, ó hubiera tocado por ella misma, sino tambien á todas las cosas de su uso: "Omne stratum in quo dormierit et vas in quo sederit, pollutum erit "quicumque tetigerit eam, immundus erit" [Levít., xv.]. Grocio afirma que la razon de esta ley era, que tales enfermedades en la Siria y en los paises limftrofes, eran nocivas y contagiosas; "In Syria "et in vicinis regionibus habent aliquid contagio nocens" [In Levitic.].

que ella creía, y así lo dió á entender, dice San Pedro Crisólogo, que ningun contacto humano, por immundo que fuese, podia contagiar la santidad de Dios: cree, que si el rayo del sol no se mancha tocando el cieno, Dios, creador del sol, ménos se podrá manchar con el tocamiento de un hombre (1).

La fé de esta hija de la Sinagoga, era la censura de la fé de Jairo, príncipe y jefe de la misma Sinagoga. Acabamos de oir que este doctor cree en su interior, que Jesucristo no podia curar á su hija á ménos de que no fuese á su casa y la tocase con sus manos; mientras que por el contrario, la Verónica cree que va á ser curada por el solo tocamiento de la ropa de Jesus, sin que Jesus nada obre, nada diga, y aun casi sin que fije su atencion; *Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero.*

Ved, pues, dice todavía San Pedro Crisólogo; ved á esta mujer admirable aventajando en la ciencia de Dios á todos los doctores, eclipsando en la inteligencia de los misterios cristianos á todos los sabios judíos; y por la pureza y constancia de su fé, dejando atrás aun á los mismos apóstoles. Porque la Judea, con todos sus escribas y fariseos, despreció la santa humanidad del Señor, y Santo Tomás necesitó meter los dedos en las llagas para creer que era Dios, y que habia resucitado; mientras que la Verónica creyó al contrario, que nada habia bajo ni manchado en Jesucristo, y que era Omnipotente en la divinidad que hipostáticamente estaba unida á la humanidad; y que así como la divinidad no se habia menoscabado uniéndose á la humanidad, de la misma manera, la Omnipotencia de Jesucristo no se atenuaba en sus vestidos, los que tenian una virtud tan omnipotente, como su propia carne (2): cree en Jesucristo toda la plenitud del crisma de su divinidad, y que toda la vir-

1 "Sciens quia Deum nec tactus polluit, nec inquinat humana co- "gitatio. Si sol tangit stercora, nec tamen inquinatur; quanto magis "solis Creator." [Serm. 35.]

2 "Magna hæc mulier, quæ scientia omnes doctores vicit; sacra- "mento omnes Judæos superavit; fide præcessit apostolum. Nam Ju- "dæa, cum scribis et doctoribus suis, Christum despexit in corpore. "Thomas apostolus ut Christum Deum crederet immisit manus, pa- "refecit vulnera. Hæc mulier in Christo nihil putavit extremum: quia "nec Deus minoratur in homini, nec virtus attenuatur in fimbria;"

tud de su adorable cabeza se extendia hasta sus vestiduras, cumpliéndose la profesía de David, cuando dijo: "Que la uncion divina del venerable Aaron descendia desde la barba hasta las orlas de sus vestidos, conservando toda su virtud y eficacia (1 "

Ved, pues, nos dice el doctor ántes citado, *en su discurso de oro*, cúal era la idea que la Verónica tenia de la augusta persona de Jesucristo, y de los tesoros de méritos, de privilegios y de gracias con que estaba enriquecida su alma santísima, segun que como se ha visto, juzgó que hasta en los hábitos exteriores residia la virtud de la divinidad [2]. ¡Oh! cúan grato es ver á esta mujer extranjera á la ciencia teólogica, formándose ideas tan puras, exactas, precisas y elevadas de la persona del Salvador!

¡Oh! ¡qué cierto es, como dice el Ecleciástico, que Dios no concede la sabiduría sino á las almas verdaderamente piadosas, y que el juicio recto en materia de religion y la inteligencia práctica de los misterios, no son sino el precio de la verdadera piedad; *Pie agentibus dedit sapientiam* (Eccle., XLIII)! Entretanto segun el exacto retrato que nos dejó San Pablo, el hombre que creyéndose humilde por las doctrinas de piedad, rechaza esas doctrinas tan sublimes en su simplicidad, se ciega con su orgullo, y reducido siempre á disputar sin comprender nada de religion, apura su discurso en cuestiones de puras palabras, sin entender nada de las cosas: dominado por el espíritu de sofistería y por la envidia y desconfianza, juzga raciocinar, y no hace más que blasfemar, y por término de todas sus averiguaciones se encuentra con el corazon corrompido y el espíritu vacío de verdades: *Qui non acquiscit ei, quæ secundum Pietatem est, doctrinæ, superbus est, nihil sciens, sed languens circa quæstiones et pugnas verborum, ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasphemiæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum mente corruptorum, et qui veritate privati sunt* (1. Tim. VI)

1 "Vidit in fimbriam vestimenti ejus totam plenitudinem divini "chrismatis, totam divini capitis transisse virtutem [*Psal.* CXXXII]; "sicut unguentum quod descendit inoram vestimenti ejus."

2 "Quid ista mulier vidit habitare in interioribus Christi, quæ in "Chisti fimbria vidit divinitatis habitare virtutem?'

La confianza de la Verónica está por otra parte á la altura de su fé. Como lo ha observado el autor de la Glosa, esta mujer no dijo: " Si yo llegase á tocar sus vestidos, *puede ser, yo me prometo* que seré curada;" sino que dijo Yo SE CIERTAMENTE que por tal medio seré curada y obtendré mi salvacion(1)."

Así, pues, una confianza tan grande, fundándose sobre una fé tan perfecta, no podia ménos que obtener su resultado por parte del Dios de bondad. Lo que la Verónica se prometia y esperaba, sucedió exactamente. Apenas baja su brazo, pasándolo por entre los piés de los apóstoles, y llega á tocar con un solo dedo la orla del vestido del Señor; *Tetigit fimbriam vestimenti ejus* (Matth., XX), que en el mismo instante, dice el Evangelio, sintió una revolucion saludable en todo su cuerpo, restañóse la sangre y la llaga interior fué cicatrizada; y en una palabra, se sintó aligerada, renovada y curada; *Et confestim siccatus est fons sanguinis, etsensit corpore quia sanata a plaga est* (Marc., 26.).

¡ Oh mujer dichosa! exclama todavía San Pedro Crisólogo, que no atreviéndose á presentarse delante del Médico celestial, sabe ir á su presencia por el camino secreto de su espíritu; encontrando á su afrentosa enfermedad un remedio tan pronto como eficaz; y que no pudiendo orar públicamente á Jesucristo, sale á introducirse artificiosamente en su corazon, por el elocuente silencio de su piedad (2).

Al mismo tiempo, ¡cuán bello, gracioso y magnífico es el prodigio de Jesucristo! ¡ Tierna y espléndida es esta prueba de su divinidad! porque solo un Dios, habla siempre el Crisólogo, podia tener compasion de esta mujer que no habia comparecido en su presencia; oídola sin que hubiese hablado; conocer la enfermedad de su cuerpo y la fé de su alma, penetrar en el sentimiento de su corazon sin haberla visto, y curarla en un instante secretamente, sin decir y hacer nada, sino solo por un

1 "Non dixit: *Forsan*, sed *certe* salva ero."

2 "Invenit mulier verecundo vulneri qualiter subveniret, ut insi- "nuaret fidei silentio quod publico clamore non poterat; et secreta "spiritus via perveniret ad Medicum ad quem pervenire manifesto "carnis itinere non poterat."

acto interior de su voluntad omnipotente y por un rasgo oculto de su misericordia (1). El grande San Hilario dice: Tomando el Verbo Eterno la fragilidad y miseria de nuestra carne, á fin de rescatarnos, la virtud de Dios no se circunscribe ni se restringe en su omnipotencia divina en los límites de su cuerpo. Y así como Dios Creador, ha dado al iman la virtud de atraer de léjos al acero, así Dios Redentor concedió á sus vestidos la virtud de sanar las enfermedades, de obrar prodigios fuera de su persona, y de curar á todos aquellos que tocaban las santas ropas con un sentimiento vivo de fé (2).

6. Necia era la blasfemia de Calvino, calificando de supersticioso el acto de la fé de la Verónica. El vestido de Jesucristo era una reliquia augusta. Los herejes y los incrédulos convencidos de supersticion. El culto á las reliquias de los santos es inseparable de la verdadera piedad. Cómo este culto es racional y agradable á Dios. La locura de la piedad es la sabiduría. Gloria que resulta de los vituperios que se dirigen á la piedad verdadera.

Para Calvino, esta alma negra, poseido de un odio ciego satánico contra la persona adorable del Salvador, y que buscaba en todo cuanto le era posible, motivos para denigrar y oscurecer las pruebas de la divinidad; para Calvino, digo, la Verónica, creyéndose curar por el simple tocamiento de la ropa del Señor, ha sido una mujer supersticiosa; pero esta acusacion es al mismo tiempo una blasfemia y un absurdo. Una blasfemia, porque negar una virtud divina á las vestiduras que tocaba el cuerpo divino de Jesucristo ¿no es lo mismo que negar su divinidad? Un absurdo, porque, no es necesario haber perdido la razon para calificar como supersticioso un acto de latría, de religion sublime, que el Hijo de Dios confirmó por medio de un singular prodigio, y que exaltó por

1 "Non nise a Deo potuit latens videre, audiri tacens, celata sa-"nari."

2 " Sicut auctor naturæ dat magneti virtutem ferrum attrahen-"di, sic Christus dabat vesti suæ vim repellendi infirmitatès, et sa-"nandi ex fide tangentem [*Comment*]."

medio de un relevante elogio? Mas, ¿sabeis por qué, hermanos mios, la fé de la Verónica ha causado tanta indignacion á Calvino? Porque esta fé, dice un grande intérprete; ha suministrado á la Iglesia católica un poderoso argumento en favor de las reliquias de los santos y del culto que les es debido; es porque el vestido de Jesucristo era una santa y augusta reliquia (1).

Aprended, pues, por esto vosotros, los que sin el espíritu y la ciencia del catolicismo, no tenesis de católicos otra cosa que el nombre, que cuando os erijís en jueces severos y en censores orgullosos de las almas piadosas, de las mujeres cristianas que veneran las reliquias santas, y recurren á la intercesion de los bienaventurados, no hablais sin poner la menor duda, sino el mismo lenguaje de Calvino; os haceis el eco de los herejes é incrédulos, que quisieran ver olvidados y pisoteados los cuerpos de los santos, de esos santuarios de las almas sublimes y heroicas, consagrados por la inocencia, el martirio, la penitencia ó la caridad; entretanto que ellos veneran con un culto supersticioso y ridículo los cuerpos de los cómplices de su herejía é impiedad (2), de esos cuerpos degradados por los vicios, innobles receptáculos de almas impuras, que no respiraron sino odio á Dios y á la humanidad.

1 "Est hoc exemplum ad probandam vim et efficaciam sanctarum "reliquiarum: talis enim fuit vestis Christi (A. LAPIDE, "Coment. in "Matth.)."

2. Los modernos herejes han condenado el culto de las reliquias de los Santos; y al principio de la pretendida reforma, se empeñaron donde les era posible, en arrojarlas al mar, ó en quemarlas y destruirlas con un furor y rabia verdaderamente infernales. Sin embargo, los sucesores de esos mismos herejes, los sectarios de sus doctrinas conservan religiosamente, como una reliquia sagrada, el corazon de Zwinglio. En Wutemberg tambien se enseñan y se honrran los calzones de Lutero. Los incrédulos de estos últimos tiempos han hecho exactamente lo mismo. Despuesde haberen el año de 93 profanado, pisoteado y destruido las reliquias de los santos, se les ha visto tributar honores casi divinos, á los restos de los enemigos de Jesucristo y á los de los perseguidores de los cristianos: se les ha visto recoger con un religioso respeto esos impuros restos, y depositándolosen unaiglesia, ponerles esta inscripcion: A LOS HOMBRES GRANDES LA PATRIA RECONOCIDA; epitafio mentiroso y blasfemo, que no revela sino la insolencia y la fatuidad supersticiosa de aquellos mismos que se decian enemigos de la supersticion. ¡Esto confirma la verdad de que el hombre que deja de ser religioso, se hace supersticioso; como cesando ser creyente, se haeecrédulo.